

El lenguaje normal y patológico

Por LUIS D. ESPEJO

El extraordinario desarrollo que la psicología normal y patológica ha alcanzado en los últimos decenios, merced al doble método de la observación objetiva y de la encuesta oral, han permitido al espíritu investigador del neuro-psiquiatra penetrar en la intimidad del mecanismo del sistema nervioso cuya suprema manifestación es el pensamiento. Ya es la psicología normal explicando el complicado juego de las percepciones: sus vías de trasmisión, sus centros de proyección, sus transformaciones y su síntesis para construir la representación del mundo exterior, origen de todo conocimiento; ya es la psicopatología disociando las funciones psíquicas, esclareciendo el mecanismo de los procesos normales, revelándonos el mundo infinito de lo subconiente, la urdimbre de los ensueños normales y patológicos, el estado mental de las neurosis o bien la formación del lenguaje.

Esta doble labor, analítica y sintética, realizada por la moderna psicología ha logrado desentrañar el misterio de tantos problemas, estrechamente vinculados a nuestro ser intelectual y moral.

Uno de estos problemas, quizá el que más ha suscitado la curiosidad inquieta del hombre, ha sido el lenguaje, cuyo estudio normal y patológico es objeto del presente trabajo.

Hubiéramos deseado darle toda la amplitud que la importancia de la cuestión merece; pero, la vasta extensión del asunto, la estrechez de nuestro medio nosocomial y el reducido tiempo de nuestra observación han sido obstáculos insuperables a su realización. Nos limitaremos, únicamente, a esbozar los principales puntos del problema: un estudio somero de la evolución del lenguaje, de sus formas de expresión y de sus principales manifestaciones morbosas.

IMPORTANCIA Y FILOGENIA DEL LENGUAJE

La importancia es indiscutible. Si el lenguaje no es el pensamiento como afirman MAX MULLER (1) y ZIEHEN (2), es por lo menos su instrumento más directo y eficaz. Esta aseveración nos obliga a aceptar que el lenguaje y el desarrollo intelectual de la humanidad han evolucionado paralelamente.

En los albores de la humanidad hasta la edad de bronce o de hierro en que se desarrolló la palabra, al decir de QUINET (3) «que es uno de los que más profundamente ha penetrado en las armonías de la naturaleza y de la historia», como dice RODO; hasta esa época remota, el pensamiento aprisionado en el espíritu era naturalmente difuso, incoloro, «un pensamiento inexpresable» como dice DE SANCTIS (4) o «no formulado» como lo llama ERDMANN. Pero cuando con el lento evolucionar de la vida, el hombre halló en el grito y en el gesto las primeras manifestaciones de su intelecto, pudo entonces traducir las manifestaciones de su espíritu frente a las innúmeras sollicitaciones del medio ambiente. Es a partir de este momento supremo en la existencia humana que el hombre sale de su fuero interno, se proyecta, por decirlo así, al exterior para entrar en comunicación con sus semejantes. Más aún, continuando la incesante gradación del progreso, abandonando las oscuridad de las cavernas de la edad de piedra, el hombre comenzó a formar su lenguaje onomatopoyético,—lenguaje primitivo, primer eslabón de la cadena filológica—y, entonces, el pensamiento adquirió mayor consistencia y estabilidad. Las impresiones fugitivas de los sentidos, «el flujo incesante de las cosas» (5), las mil intuiciones que un objeto puede suscitar en el espíritu, hallaron en el símbolo verbal su expresión definitiva, plástica; y este símbolo no fué, de manera alguna, más que el «écho de la naturaleza en la conciencia humana.»(6)

Desde la aparición de la palabra la vida psíquica se desarrolló aceleradamente; no fué ya el lenguaje un medio únicamente de comunicación con los semejantes; el lenguaje hizo posible la ascensión del pensamiento a la cima de la abstracción. Merced al lenguaje hablado fué posible hacer un análisis más completo de las ideas,

(1) MAX. MULLER—Nouvelles leçons sur la science du Langage (cit. por BECHTEREW.—La Psychologie Objective, 1913, Pag. 431).

(2) ZIEHEN.—Phys. Psychologie, Pag. 178 et suiv. (cit. por BECHTEREW. Loc. cit. Pag. 388).

(3) EDGAR QUINET—La Creation, 1870, tomo II, Pag. 126

(4) SANTE DE SANCTIS—La Manifestazione esterne del Pensiero, 1911, Pag 13.

(5) W. JAMES.—Psychologie.—1,459.

(6) E. RENAN.—L'Origine du Langage.—1864,—Pag 136.

formar nuevas combinaciones y aplicarlas a determinados fines. Esta ascensión al dominio de la abstracción, incrementó poderosamente la mentalidad humana, permitiéndole ordenar en el cerebro la infinita multiplicidad de las percepciones, para formar grupos de representaciones, ligados por un nexo común. La abstracción permitió pues al hombre una posesión más penetrante y más extensa de las cosas por la inteligencia (1): esta función representa el más elevado valor del lenguaje.

Hay una ley biológica enunciada por FRITZ MULLER y E. HAECKEL (2) que establece una relación entre la evolución de la especie y de la del individuo, ley biogenética fundamental que dice: la evolución individual u ontogenética es una breve recapitulación de la historia de la especie o filogenia. Esta ley se cumple en el lenguaje. El desarrollo del lenguaje humano se encuentra representado en sus diversas etapas en la evolución del lenguaje del salvaje y el niño. Naturalmente, el cumplimiento de esta ley no es matemática: «a su realización se oponen las adaptaciones verificadas durante la infancia de los individuos, que necesariamente han desnaturalizado numerosas reminiscencias atávicas y que pueden crear para el observador las ilusiones más engañosas» (3).

El estudio filogenético del lenguaje nos conduce al problema del origen del lenguaje.

Poniendo aparte la glotología, cuyo estudio requiere una inmensa cultura lingüística, nos encontramos frente a dos órdenes de hechos: físicos e históricos. Para constatar los primeros no tenemos otro medio que la prueba concluyente de nuestros sentidos; pero, tratándose de los segundos nosotros podemos sacar conclusiones inductivas partiendo del siguiente postulado: Las leyes naturales que preciden actualmente la vida han gobernado a la humanidad desde su origen. Ahora bien, si nosotros consideramos el lenguaje como objeto de las ciencias naturales,—y así lo aceptamos por lo menos en sus primeras etapas,— como lo ha demostrado SLEICHER (4), el método histórico puede servirnos de guía seguro para tal reconstitución filogénica del lenguaje. La importancia del método histórico ha sido consagrada por ERNESTO RENAN que ha dicho: «La ciencia del espíritu humano es la historia del espíritu huma-

(1) E. HAECKEL.—Morphologie Generale. 1866, vol. II, Pags. 30 y 305.

(2) E. HAECKEL.—Anthropogenie ou histoire du evolution humaine, 1877. Pag. 607.

(3) HACHET-SOUPLETT De l'Animal á l'enfant, 1913, Pag. 10.

(4) AUGUST SLEICHER.—De l'importance du langage pour l'histoire naturelle de l'homme, 1886 (citado por E. HAECKEL, Histoire de la Creation Naturelle, 1874, Pag. 611).

no». Así, pues, la mejor manera de tener una opinión científica sobre la formación primitiva del lenguaje es estudiar la manera como se desarrolla actualmente en torno nuestro; pero, antes de entrar en la explicación científica de este largo proceso histórico, lancemos una rápida mirada hácia las antiguas ideas metafísicas sobre el origen del lenguaje.

En el largo período greco-latino, que constituye uno de los más importantes de la cultura humana, el problema del origen de lenguaje no dejó de preocupar a filósofos y poetas.

PLATON, en el *Crátilo*, considerado como un verdadero monumento lingüístico, «puso, según la expresión de CEJADOR y FRAUCA, (1) las semillas de la más honda y soberana doctrina de la naturaleza y origen del lenguaje». En esta obra, que constituye un conjunto de diálogos filosóficos, se habla principalmente del lenguaje natural de los dioses y del modo de hablar de los hombres; de la corrupción que han sufrido las palabras en su naturaleza, forma fónica y significación.

Para HERACLITO, «las palabras son un eco de las cosas». EPICURO supone que el hombre fué instintivamente articulando sonidos, «llevado por la mano de la naturaleza, lo mismo que los animales, y que de aquellos gritos o voces rudimentarias, propias de la naturaleza animal del hombre, salió después el lenguaje racional por convención entre los mismos hombres» LUCRECIO sostuvo, igualmente, el naturalismo del lenguaje, «originado por el impulso natural que obliga al hombre a indicar los objetos por medios de signos o emisión de sonidos, que varían conforme el estado anímico y las impresiones recibidas». HERACLITO, EPICURO y LUCRECIO son los representantes en la antigüedad greco-latina de los naturalistas del período moderno.

SOCRATES atribuyó gran importancia al lenguaje gesticular: decía que los sonidos no eran sino *gestos fónicos* y añadía: si no supiéramos hablar y quisiéramos indicar la altura elevaríamos las manos y la cabeza como los mudos. A pesar de la maravillosa intuición de los filósofos griegos y latinos «la imperfección de la filología comparada no dejaba lugar a ninguna teoría próxima a la verdad» (2). En efecto, la falta de criterio en el análisis de las formas, el desconocimiento de otras lenguas, la ignorancia de las leyes psicofisiológicas, fueron causas poderosas que impidieron un estudio lógico y científico del lenguaje.

(1) CEJADOR y FRAUCA JULIO.—Introducción a la Ciencia del Lenguaje, 1911, Págs 9 y siguientes.

(2) ERNESTO RENAN, Loc. cit, pag. 75.

Con el advenimiento del Cristianismo y la dominación de los bárbaros, la civilización greco-latina perdió su benéfica influencia y fué cayendo en lamentable olvido. Los pensadores cristianos atribuyeron a la nación judía una importancia injustificada: el pueblo hebreo era el pueblo elejido de Dios, del cual había recibido junto con el poder la lengua divina (1). Esta idea estaba autorizada por los padres de la Iglesia y los Pontífices. Según la Biblia, Jehová condujo a Adán delante de los animales y le dió nombre a cada uno de ellos; el lenguaje, pues, no deriva del hombre sino de la revelación divina (2).

Entre los padres de la Iglesia, fué SAN GREGORIO DE NYSSA el único que no aceptó el origen divino del lenguaje. El luchó enérgica y tenazmente contra esta idea que calificó de absurda, no solamente valiéndose de argumentos sino también del ridículo. Sostuvo que Dios no hablaba hebreo, y que la lengua usada por MOISES no era sino un dialecto derivado de un idioma proveniente de la confusión babélica (3). SAN GREGORIO DE NYSSA atribuye al hombre la invención de la palabra, y en su respuesta a su contendor EUMONIUM (4) hace resaltar la situación ridícula de Dios en el acto de «enseñar palabras y nombres a nuestro primer padre, a la manera de un pedagogo o un maestro de gramática».

Apesar de la oposición sostenida por SAN GREGORIO de Nyssa, hombres de la autoridad de SAN JERONIMO, ORIGENE y SAN AGUSTIN continuaban sosteniendo el origen divino del lenguaje. Además, declaraban como el primer idioma universal el hebreo, del cual hacían derivar las demás lenguas consecutivamente á la confusión de estas después de la destrucción de la torre de Babel. ERNESTO RENAN, con este motivo dice: «los hebreos tuvieron el vago presentimiento de la unidad de la especie humana, y el mito de la torre de Babel parece ser en parte el resultado de un esfuerzo para conciliar la diversidad de lenguas con la unidad primitiva de la especie humana, dogma esencialmente ligado al monoteísmo semítico» (5).

De esta rápida ojeada sobre las ideas precientíficas sobre el origen y la naturaleza del lenguaje, se deduce que las ideas teosóficas y teleológicas informaban, globalmente, el pensamiento antiguo. Así, en todas las cosmogonías, el origen del Universo está unido al de la palabra. «La palabra santa de Brihaspati en la India, el

(1) FEDERICO GARLANDA.— *La Filosofia delle Parole* (sin fecha) Pag. 128.

(2) ADOLFO ARTIOLI.— *L'Origine del Linguaggio secondo la Bibbia*, la Filosofia, la Scienza, L'Italia Moderna, año III, No. XLV, 1905.

(3) ARTIOLI, Loc. cit. pag. 84.

(4) E. RENAN, Loc. cit. Pag. 74.

(5) E. RENAN, Loc. Cit. Pag. 215.

grito creador de Phtah en el Egipto. el «Fiat Lux» de Jehová en Judea. La palabra crea, su poder no tiene límites» (1).

Las investigaciones científicas realizadas en el siglo XVIII vinieron a romper las tinieblas que envolvían el misterio impenetrable del origen del lenguaje. Fué LEIBNITZ, célebre erudito, filósofo y matemático, que demostró por primera vez la necesidad de estudiar el lenguaje como cualquiera otra ciencia; es decir, basada sobre la observación de los hechos. A LEIBNITZ le siguieron una serie de sabios investigadores. HERVAS de 1784 a 1787, descubre la unidad semítica de los idiomas orientales, demostrando de esta manera que las diversas lenguas de la humanidad no provienen del hebreo. HERVAS reconoció el desarrollo histórico de los idiomas como el principio fundamental de la filología.

El sensacional descubrimiento del sanscrito fué, como dice MULLER, «cual la chispa eléctrica que hizo cristalizar en formas regulares los elementos flotantes del lenguaje amontonados en las inmensas obras de HERVAS y ADELUNG.» La antigua lengua de los brahmanes de la India ha sido la base material de la ciencia de la filología comparada. En efecto, «el sanscrito por la índole de su morfología y de su fonética, se presta admirablemente al estudio analítico de la palabra y al establecimiento de leyes fonéticas. El sistema analítico, verdadero instrumento del lenguaje, vino de este modo a sustituir a la arbitrariedad con que hasta entonces se comprobaban los vocablos» (2).

Como consecuencia de los trabajos de WILLIAM JONES, de FRANCISCO BOPP, de SCHLEICHER y de los más recientes de MULLER, de LITRE y de RENAN la doctrina «adámica» del hebreo desapareció para siempre. A estas investigaciones, de carácter exclusivamente filológico, han venido a aunarse las doctrinas transformistas y los estudios de la psicología fonética.

Veamos ahora, a la luz de la ciencia, cual ha sido probablemente el origen verdadero del lenguaje.

Las doctrinas transformistas sostenidas al principio del siglo XIX por LAMARCH (3) en Francia y más tarde por DARWIN (4) en Inglaterra operaron en el mundo científico una verdadera revolución, cuya proyecciones alcanzan la época presente. Al criterio dogmático que proclamaba, como una verdad inconcusa, la creación «genesíaca», y a la teoría cataclísmica de CUVIER, el genio admirable de LAMARCK, opuso su nueva concepción de la vida (5).

(1) SANTE DE SANCTIS. Loc cit. Pag. 5.

(2) CEJADOR y FRAUCA, Loc cit. Pag. 14.

(3) LAMARCK.—Philosophie Zoologique, 1873.

(4) DARWIN—El Origen de las Especies, 1859.

(5) LUIS D. ESPEJO—La Filosofía de LAMARCK y su estado actual.—Juventud. Nos. 3 y 4, Año I, 1913.

El construía el mundo con el menor número de elementos, la mayor duración posible y las menores crisis; (1) «una larga paciencia ciega era su genio del Universo» dice SAINT BEUVE. En su obra inmortal «La Philosophie Zoologique» LAMARCK sostiene que los dos grandes principios de la evolución orgánica son: la adaptación y la herencia de los caracteres adquiridos, leyes fundamentales de la vida. Es la obra lenta, oscura, silenciosa de estos dos factores primarios los que al través del tiempo infinito han producido todos los seres del universo. A la concepción lamarckiana, sucede la de DARWIN que prueba, con un material enorme de observaciones, el papel de la selección natural, factor secundario de la evolución. Estas nuevas ideas, venciendo las resistencias del dogmatismo y de la opinión, se han establecido definitivamente en el terreno científico contribuyendo al conocimiento del origen del hombre y de sus funciones.

Si aceptamos las conclusiones del transformismo, podemos decir que «el hombre más pitecoide ha salido del mono más antropoide, en virtud de dos aptitudes: la aptitud a la estación vertical y la aptitud del lenguaje articulado. Estas dos aptitudes fueron los dos factores principales de la formación de la especie humana» (2). Estas dos importantes funciones coincidieron con dos modificaciones morfológicas que le son conexas: la diferenciación de las extremidades y la de la laringe. Pero a su vez—dice HAECKEL—«este perfeccionamiento orgánico debía reaccionar sobre la diferenciación del cerebro y de las facultades intelectuales que le son inherentes». Durante largo tiempo ha existido una especie de hombres dotados de la facultad de marchar de pié y presentando, por consiguiente, la forma humana, estando desprovisto del segundo y precioso atributo de la humanidad: la palabra (3). Este tipo humano ha sido denominado Homo-Alalus o Phithecantropus. Esta hipótesis sostenida por el sabio naturalista alemán ha sido, por decirlo así, comprobada por hechos recientes. Prescindiendo, por ahora, del origen simio del hombre, idea hoy refutada por los estudios de la paleontología moderna (4), el descubrimiento del esqueleto de la Chapelle-aux-Sains ha lanzado vivísima luz sobre los orígenes de la humanidad. Es al profesor BOULE a quien se debe un estudio magistral de todos los huesos del esqueleto del hombre de la Chapelle-aux-Sains. BOULE, con su conocimiento profundo de la geología,

(1) SAINT BEUVE. *Volupté*, 1840, pag. 148.

(2) ERNEST. HAECKEL, *Histoire de la Creation Naturelle*, 1874, Pag. 190.

(3) E. HAECKEL, *Loc. cit.* Pag. 191.

(4) EDUARD PERRIER. *A Travers le Monde vivant*, 1916, Pag. 98.

de la estructura de los animales fósiles, con un método admirable y con gran prudencia en sus deducciones, ha hecho una exposición imparcial y definitiva de todo lo que nosotros sabemos de preciso sobre el origen humano. La antigüedad de este esqueleto se remonta a veinte o treinta mil años. Lo más interesante, desde el punto de vista que nos ocupa, es el estudio de la conformación craneana y del cerebro. Nosotros sabemos que la superficie interna del cráneo se moldea sobre las circunvoluciones cerebrales; pues bien, por medio del yeso se ha podido obtener el molde del cerebro, que, aunque no es una reproducción completa, es suficiente para establecer comparaciones con cerebros reales. BOULE, en colaboración con ANTONY, ha establecido esta comparación y ha logrado precisar, por intuición científica, las funciones de las diversas regiones cerebrales del hombre de la Chapelle-aux-Sains (1). «Por su volúmen el cerebro era francamente humano. Su región posterior muy desarrollada (centro visual), los lóbulos frontales, al contrario, muy reducidos; la conformación de la tercera circunvolución frontal era tal que es menester admitir que la facultad de la palabra estaba muy restringida». El hombre de la Chapelle-aux-Sains, a quien el profesor BOULE ha propuesto llamar *Homo-neanderthalensis* corresponde incuestionablemente al *Homo-Alalus* de HAECKEL, es decir, al hombre sin palabras. Por consiguiente, con el descubrimiento del profesor BOULE ha quedado confirmada la hipótesis del profesor de JENA. Aceptando la hipótesis de HAECKEL, comprobada por el descubrimiento de BOULE ¿cómo explicar, ahora, el mecanismo en virtud del cual el hombre ha adquirido la función del lenguaje? Es indudable que el lenguaje fué primitivamente emocional, como lo demuestra el hecho de que el lenguaje musical sea anterior al lenguaje hablado y el recientísimo estudio de las estenoglosias en los niños. Las primeras manifestaciones de esta función han sido suscitadas por necesidades egoístas. En los primeros tiempos de la humanidad, la existencia se reducía a la vida vegetativa y a las satisfacciones sexuales. A determinada excitación correspondía, desde luego, un movimiento reflejo, que era ejecutado maquinalmente, sin atribuirle significación alguna. Pero la repetición frecuente de estos movimientos, traducción de modificaciones más o menos profundas del organismo, fueron adquiriendo, en virtud de la asociación de las ideas, el valor de signos. Efectivamente, es lógico pensar, que el individuo asociaba la noción de un fenómeno orgánico, grito o movimiento de los miembros, a la idea de las sensaciones o sentimiento que lo acompañan. Ahora bien, nosotros

(1) EDMOND PERRIER, Loc. cit. Pag. 101 y siguientes.

sabemos que existe una relación de causa a efecto entre la representación de un movimiento y el movimiento mismo. «Las representaciones kinestésicas tienen tendencia a provocar de nuevo los movimientos a los cuales ellas deben su aparición; la simple representación del estado de ánimo que acompaña la ejecución de un movimiento dado, provoca, si ella tiene bastante vivacidad, el movimiento mismo» (1). Por consiguiente, en virtud de esta ley psicológica, el individuo sujeto a una excitación dada, origen de la representación, provoca en él el despertar del movimiento necesario para la realización del acto considerado. En el estado actual de civilización, el hombre experimenta esta misma necesidad bajo la forma, muchas veces, de una impulsión irresistible; «la audición del aire musical de una danza evoca las representaciones kinestésicas de los movimientos rítmicos del baile, y aquellos se traducen por un ligero balanceamiento del cuerpo o de la cabeza». Todos estos movimientos pueden reducirse, indudablemente, a movimientos reflejos, cuya complejidad creciente es paralela al desarrollo mental. RICHET ha dicho: «inteligencia, instinto, acción refleja, tales son los tres términos de la psicología. Entre estas tres formas de actividad no hay barrera, no hay hiato, no hay abismo» (2). En conclusión, podemos afirmar, con la psicología objetiva, que el origen del lenguaje, considerado en su acepción más amplia, ha tenido como causa primera una excitación provocada por las necesidades inmediatas de la vida. Esta excitación ha determinado, a su vez, una reacción refleja, sonido o gesto, traducción de sensaciones que son, como dice BECHTEREW, «los símbolos subjetivos de ciertas variaciones en el estado del organismo» (3). Por la repetición frecuente de estas excitaciones, se estableció una asociación entre la sensación, origen del reflejo, y la acción motriz; primer esbozo de la conciencia del lenguaje, simple pasaje del reflejo elemental al psico-reflejo.

Además de esta reacción neuro-psíquica, el hombre prehistórico experimentó una serie de transformaciones morfológicas, resultado ellas mismas de las sucesivas adaptaciones que tuvo que realizar bajo el influjo de diferentes excitaciones orgánicas; estas adaptaciones morfológicas constituyen la base indispensable para el desarrollo ulterior del lenguaje.

Como ya indicaba HAECKEL, dos condiciones han sido necesarias para la función del lenguaje: la bipedestación y la adaptación progresiva del aparato de la fonación. Es lógico suponer que al

(1) EBBINGHAUS.—Loc. cit, Pag. 151 y siguientes.

(2) CH. RICHET.—Essai de Psychologie generale, 1912, Pags 3 y 4.

(3) BECHTEREW, Loc cit, Pag. 11.

pasar nuestro ancestral cuadrumano a la posición bípeda, las extremidades posteriores fueron modificándose lentamente hasta adquirir los caracteres actuales del pié; al contrario, las extremidades anteriores, por una función vicariante, de suplencia, se perfeccionaron al punto de convertirse «en un maravilloso instrumento de reacción y de expresión».—¿Cuál ha sido la causa de este pasaje a la estación bípeda?—Muchas y caprichosas hipótesis se han emitido sobre el particular. En estos últimos años, el célebre paleontólogo argentino FLORENTINO AMEGHINO, que ha situado la cuna de la especie humana en América del Sur, ha emitido la siguiente hipótesis «los planongulados que vivían en las llanuras de la Argentina, desprovistas de toda vegetación, se vieron obligados a enderezar sus miembros posteriores para explorar el horizonte, y estos seres habrían dado nacimiento al precursor verdadero del hombre, es decir, al primer ser adaptado a la posición de pié o Tetraprothomo» (1). Cualesquiera que haya sido la causa de este cambio tan importante para la evolución humana, es indiscutible que él ha marcado una etapa en su progreso. «El lenguaje primitivo del hombre, ha sido, pues, el lenguaje de los gestos, y este le ha ayudado grandemente a comunicarse con sus semejantes. El habría aprendido a reaccionar por movimientos reflejos asociados de manera de poder designar los objetos; así «el desarrollo funcional de la mano habría preparado el de la lengua». (2) Esta hipótesis está apoyada por las observaciones y estudios de CUSHING. (3) Este notable y original investigador ha hecho un estudio muy curioso sobre el «lenguaje de las manos» en la tribu de los Zuñis, que puede considerársele como tipo de sociedad rudimentaria. Para poder comprender esta lenguaje, CUSHING se inició en todas las ceremonias de la tribu, entrando en sus sociedades secretas. Así, a fuerza de paciencia, logró devolver a sus manos sus funciones primitivas, realizando con ellas las experiencias que hacían en los tiempos prehistóricos, con los mismos materiales y en idénticas condiciones que en esa época lejana cuando ellas estaban unidas estrechamente al intelecto, al extremo que constituían verdaderamente parte de él. LEVY BRUHL dice: que «el progreso de la civilización se ha producido por una acción recíproca de la mano sobre el espíritu y del espíritu sobre la mano». Por consiguiente, para reconstituir la mentalidad del hombre primitivo, es necesario conocer los movimientos de sus manos inseparablemente unidas a la expresión del pensamiento.

(1) RIVET.—L'Amérique du Sud est-elle le berceau de la race humaine? *Biologica*, 1912, 1.º Année, tome I, Pag. 226.

(2) BECHTEREW, *Loc cit.* Pag. 424.

(3) H. CUSHING.—Manual Concepts, *Anthropologist*, Pag 291 (cit. por LEVY BRUHL, *Loc cit.*, Pag 179.)

La segunda modificación ha sido la del aparato de la fonación. El origen de este se encuentra en la evolución de los movimientos expresivos en el reino animal. Los animales poseen indudablemente la facultad de comunicarse entre sí como lo han observado numerosos observadores. En los primates, por ejemplo, existe conexión estrecha entre la emisión de los sonidos y la mímica. Los gritos han alcanzado tan grande importancia que el registro fonográfico de ellos, ha permitido constatar su gran variedad y asimilarlos a un lenguaje primitivo. EDGARD QUINET, (1) en su admirable obra «La Creation», nos habla del lenguaje de los pájaros y de los medios de expresar sus necesidades en virtud de la gama de acentos y tonalidades que caracterizan su lenguaje.

¿Cuáles han sido, pues, las condiciones que favorecieron el desarrollo del aparato de la fonación en el hombre?—En los primeros tiempos de la humanidad el lenguaje se redujo al grito que bastaba al hombre para expresar todas las afecciones de su miserable existencia. Las necesidades que la vida vegetativa impone imperiosamente y la imitación, sobre la cual ha existido tanto GABRIEL TARDE, fueron factores de primer orden que despertaron a la naturaleza humana de su profundo sueño invernal. Efectivamente, el hombre comenzó por imitar los ruidos de aquella naturaleza ruda y primitiva que remedaba el esplendor y la exhuberancia de la época terciaria. «Con su vocabulario elemental vertía sobre la naturaleza las vírgenes emociones de alegría y de dolor y daba las más indispensables indicaciones a sus semejantes demandando socorro, alimento y amor» (2). Imitaba el lenguaje de los animales que le habían precedido en el origen de las especies, principalmente el canto de las aves; como dice QUINET, «hoy el hombre puede ser el institutor del pájaro pero, quién sabe hasta qué punto, en el origen, el pájaro ha sido el institutor del hombre». (3)

Hasta esta época de la evolución del lenguaje humano, este se confundía con el de los animales. PAUL DE REUL (4) ha hecho observaciones bastantes interesantes en las aves, señalando sus caracteres diferenciales con el lenguaje del hombre. Relata, por ejemplo, la siguiente observación: una gallina cloquea para advertir a sus pequeñuelos el peligro. Este cloquear, aunque de naturaleza refleja, ha adquirido, por aptitud asociativa, el valor de una advertencia o señal. Esta función no es convencional, ni se trasmite por

(1) EDGARD QUINET, Loc cit Pag 110.

(2) SANTE DE SANCTIS, Loc cit, Pags. 11 y 12.

(3) EDGARD QUINET, Loc cit, Pag 100.

(4) PAUL DE REUL, Langage, pseudo-langage et langage-signal chez les animaux. Bulletin del Institut de Sociologia Solvay, 28 Fevrier.

la herencia. El punto capital es que la percepción de un sonido-señal no es la misma cosa que la noción abstracta del signo. El pollo que cloquea actúa bajo el imperio de sensaciones actuales; los pollitos asocian una sensación inmediata con el recuerdo de sensaciones semejantes o análogas; lo que falta a este lenguaje y lo que constituye el elemento característico del lenguaje humano, es la evocación voluntaria de sensaciones pasadas.

¿Cuáles han sido las condiciones que han influido en la determinación de las modificaciones morfológicas necesarias para la producción de la palabra? En el desarrollo de la palabra pueden considerarse dos etapas: el grito o vocalización y la articulación. Veamos como se han producido estos elementos. Los sonidos fundamentales de la lengua son las vocales. Se las reconoce en el grito de los animales y, como veremos al estudiar el desarrollo ontogénico, en el recién nacido. Igualmente, en las lenguas primitivas, rudimentarias, constituyen la mayoría de las voces. A medida que se desarrolla la cavidad bucal y la región naso-faríngea la producción de las vocales es posible; los movimientos de expiración ponen en vibración las cuerdas vocales y según la mayor o menor abertura de la boca se producen las diferentes vocales. Las primeras vocales han debido ser simples movimientos reflejos asociados a determinadas excitaciones. Así, dice BECHTEREW (1): «El sonido *O* corresponde exactamente a aquel que se lanza a guisa de gemido; este sonido es producido por la detención de un movimiento de expiración con abertura de la boca y relajación de las cuerdas vocales, correspondiendo estos fenómenos a un debilitamiento de la esfera motriz. La *A* corresponde al sonido que se emite bajo el efecto de una sorpresa o del horror; resulta de una contracción de los músculos pectorales seguida de un movimiento de expiración a través de las cuerdas vocales. El sonido *U* recuerda un gemido que revela el estado de fatiga extrema; es traducido por un movimiento prolongado de expiración interrumpido por una vibración de las cuerdas vocales. Los sonidos *O* é *I* exigen, como se sabe, una posición de la lengua que parece al principio convencional, pero si se observa más de cerca se puede reconocer que el movimiento es igual al que se produce cuando se traga al través. En resumen, todas las vocales se producen en razón de ciertas condiciones mecánicas que han sido determinadas, en su origen primitivo, por estados emocionales correspondientes.

Para que la articulación sea posible se requiere del concurso de las consonantes. BECHTEREW (2) explica su producción, por el desa-

(1) BECHTEREW, Loc. cit. Pag. 427.

(2) BECHTEREW, Loc. cit. Pags. 425 y 427.

rrollo de los diferentes órganos que constituyen, en conjunto, el aparato de la fonación y principalmente de aquellos que juegan un papel aparentemente secundario.

En la base de estas modificaciones somáticas está la alimentación. En efecto, para que las consonantes se produzcan es necesaria la asociación de los movimientos de la masticación a los de la lengua, del paladar y de los labios.

Un hecho de observación banal es el que existe una relación causal entre el género de alimentación y la conformación de la extremidad anterior del aparato digestivo, es decir, la boca. Así, en los vertebrados inferiores como, por ejemplo, en las aves, el pico responde a la necesidad de descortizar los granos antes de ser tragados. En los carnívoros el sistema dentario adquiere un gran desarrollo, debido a que los dientes tienen por función desgarrar la carne y tragarla en seguida sin masticarla, lo que explica la poca movilidad de que goza la lengua y los labios. En cambio el hombre se benefició del pasaje de la alimentación natural a otra más variada y más tierna gracias al descubrimiento del fuego, que permiti6le cocer sus alimentos y confeccionar sus primeras preparaciones culinarias. Si «la función hace el órgano» según el principio lamarckiano es indiscutible que este cambio al parecer tan insignificante, determinó modificaciones notables del sistema dentario, de la musculatura de la lengua y del paladar. Estas adaptaciones, adquiridas lentamente al través de los siglos y transmitidas a las generaciones sucesivas en virtud de la herencia de los caracteres adquiridos, permitieron la pronunciación de las diversas consonantes y, por consiguiente, la articulación, que constituye la condición *sine qua non* para la elaboración de la palabra.

La palabra ha brotado ya de la garganta humana; es el símbolo de la actividad del pensamiento y el medio más seguro de difusión de las ideas. Pero, estas reacciones verbales van a sufrir una diferenciación en virtud de la fuerza que le imprime la personalidad que acaba de constituirse. El sujeto que vivía en el estado primitivo no necesitaba sino de un número muy reducido de expresiones genéricas; pero a medida que su personalidad entraba en juego en un medio social más complejo sentía la necesidad de un mayor número de reacciones verbales. Este fenómeno ha sido observado por los filólogos. En efecto, las primeras expresiones del lenguaje humano han servido de términos generales; expresiones que han venido a constituir las raíces o tipos fonéticos primitivos de las lenguas en su estado protoplasmático. (1) Este mismo fenómeno se

(1) Ribot, Loc. cit., Pag. 81.

observa en el niño el cual emplea para designar las cosas expresiones genéricas: primera manifestación de la facultad de abstracción que se encuentra en el origen del proceso intelectual.

La palabra constituye una economía en el gasto de la energía nerviosa. «Es mucho más simple pronunciar una palabra que evocar por la mímica y los gestos la producción de los complejos sensoriales. Es por este procedimiento que se ha establecido la interacción entre los hombres, y como ella ha aumentado siempre con el desarrollo de la vida social, se concibe, por consiguiente, que el lenguaje simbólico haya alcanzado un alto grado de perfección casi indefinido». (1)

Al estudiar el origen de las vocales y consonantes hemos dicho que ellas representan, en último análisis, movimientos reflejos, primitivamente de carácter emocional; pues bien, estos dos elementos pueden asociarse para dar lugar a sílabas que no constituyen sino movimientos reflejos más complejos, traducciones de sensaciones diversas, producidas por la acción del calor, causas físicas diversas, esfuerzos múltiples. *En una palabra, constituyen formas particulares de la defensa orgánica.* Este carácter primitivo va perdiéndose con el desarrollo autónomo del simbolismo verbal y solo se conserva en el presente, en el vocabulario de los sordos-mudos y de las sociedades inferiores.

Si el lenguaje constituye originariamente un medio de defensa individual como quiere MAYENDORFF de Leipzig, bien podemos aceptar la sugestiva hipótesis de NOIRE (2) sobre el origen de la palabra, que establece cierta vinculación con las ideas anteriormente expuestas. Para este psicólogo «el lenguaje es el resultado de la comunidad de acción, o mejor dicho, del uso en común de las actividades del hombre primitivo. Cuando nuestros músculos trabajan sentimos alivio emitiendo sonidos. Los hombres que trabajan en común, los campesinos que baten el trigo, los marinos que reman, los soldados que marchan, emiten articulaciones más o menos vibrantes, ruidos, exclamaciones, cantos, etc. Estos sonidos reúnen los caracteres requeridos para constituir el lenguaje articulado; ellos son comunes e inteligibles para todos, puesto que están asociados a los mismos actos. Los elementos primitivos de toda lengua estarían constituidos por expresiones de trabajo. Según NOIRE, el origen de la palabra estaría vinculado a reacciones motrices, expresiones de funciones orgánicas que las diversas excitaciones suscitan; además, aquí, desempeña papel importantísimo la colaboración en

(1) BECHTEREW, Loc cit, Pags. 429.

(2) Noire Die Unsprung de Sprache (cit, por RIBOT, Loc cit, Pag. 71)

el trabajo común para asociar las mismas expresiones y darles un carácter verdaderamente simbólico.

Si es verdad—como dice RENAN— que «el niño y el salvaje son los dos grandes objetos de estudio de aquel que quiere construir científicamente la teoría de las primeras edades de la humanidad» (1), el estudio de las lenguas primitivas debe ilustrarnos respecto a la probable evolución del lenguaje. Toda lengua que ha llegado a su completo desarrollo ha debido recorrer tres períodos sucesivos: el monosilabismo, el polisintetismo y el analítico. Muchos idiomas actuales se han detenido en una de estas fases de su evolución. Ahora bien, haciendo el estudio estructural de las lenguas más simples, es decir, de las monosilábicas, encontramos como elementos formativos la onomatopeya y la interjección, que constituyen los grupos fónicos más simples; grupos fónicos muchos de los cuales se encuentran en algunos idiomas que han alcanzado enorme desarrollo como las lenguas indo-germánicas, por ejemplo. Apesar, del reducido número de monosílabos—500 en el chino—que contiene el léxico de estas lenguas, son capaces de expresar todo el acerbo intelectual y sentimental de la raza, en virtud de la entonación, del acento, que permite imprimirles inflexiones infinitas y caprichosas. La función de la onomatopeya en la constitución de las lenguas ha llamado la atención de muchos investigadores. QUINET en «La Creation» dice que en el origen de muchas lenguas primitivas existe un gran número de raíces, imitación de los sonidos emitidos por los pájaros. Así dice: «los lingüistas que niegan la potencia de imitación en las lenguas, no han lanzado ciertamente la mirada sobre la nomenclaturas de los pájaros. En las lenguas americanas el nombre de los pájaros se deriva casi siempre del de su grito. Lo que pasa en nuestros días en las lenguas americanas ha pasado ciertamente en el origen de las lenguas indo-europeas. Estudiando las lenguas primitivas, se ha constatado la existencia de un gran número de raíces,—como en las lenguas americanas—imitación de los monosílabos que constituyen el fondo del lenguaje de los pájaros. Estos monosílabos, son la expresión de movimientos apasionados como la cólera, la alegría, el amor...» (2) Observaciones de este género condujeron al célebre naturalista BUFFON (3) a establecer cierto parentesco entre las lenguas orientales y las europeas, primer paso dado en la vía del descubrimiento de la unidad original de las lenguas indo-europeas.

(1) E. RENAN *Loc. cit.*, Pag. 68.

(2) QUINET, *Loc. cit.*, Pag. 126.

(3) BUFFON, *Historia Natural*, Tomo XII, Pag. 116.

El hombre primitivo imitador del *at líquidas avium voces*, que dijo LUGRECIO, elevó a la divinidad a estas aves institutrices. Y, «como se imita todo lo que se adora,—dice QUINET,—se descubre en muchas lenguas, por lo menos en algunas raíces, un acento, un grito, un vestigio fonético, una nota imitada de los pájaros de la India en el védico, de aquellos de la Persia en el zend; de los ibis en el Egipcio; del águila de JUPITER en el griego primitivo; del cóndor en el araucano de Chile, (1)».

Si el grito ha sido la primera manifestación externa del pensamiento, no ha sido la única. El gesto ha aparecido contemporáneamente. WUNDT dice que el lenguaje de los gestos es el más antiguo, natural y elocuente. Y al decir de DE SANCTIS, «la danza constituye la expresión más solemne del pensamiento del pueblo salvaje y primitivo» (2). En efecto, el poder descriptivo del gesto no tiene límites; el delinea las formas, los contornos; indica el modo de acción de los cuerpos en el espacio; en una palabra es el lenguaje plástico y gráfico por excelencia.

Como todas las manifestaciones de la vida, el gesto representa en último análisis un modo particular de la defensa orgánica. Movimientos de defensa ligados al instinto de conservación del individuo y de la especie. En la base de todo proceso biológico encontramos, por doquiera, siempre el egoísmo, ley suprema de la existencia.

Si lanzamos una mirada investigadora a las sociedades primitivas, que constituyen el ejemplo palpitante del estado originario de la civilización, comprobaremos la existencia del lenguaje de los gestos. MALLERY (3),—citado por LEVY-BRUHL,—ha señalado este lenguaje particular en las tribus de la América del Norte, lenguaje que constituye el único medio de comunicación entre tribus distintas. Se trata, efectivamente, de una verdadera lengua que tiene su léxico y su sintaxis. Se podría,—dice KOHL,—escribir una gramática de este lenguaje de gestos. (4) SPIX y MARTIUS (5), en sus viajes por la América del Sur, han hecho las mismas constataciones. LEVY BRUHL, en su tantas veces citada obra, relata lo que sucede en la tribu de los Warramunga en Australia: «cuando una mujer pierde al marido se le prohíbe hablar durante un año y solo le es permitido expresarse por medio de gestos. Durante este tiempo adquieren tanta habilidad, que prefieren servirse de este lenguaje en lugar del oral. Este medio de expresión consiste en movimientos de los

(1) QUINET, Loc cit, Pag. 133.

(2) SANTE DE SANCTIS, Loc cit, Pag. 8.

(3) LEVY-BRUHL, Loc cit, Pag. 181.

(4) KOHL, *Kitchi Gami Wanderings round Lake Superior*, Pags. 140-141, (citado por LEVY-BRUHL, Loc cit, Pag. 178.)

(5) SPIX and MARTIUS, *Travels in Brazil*, Loc cit, Pags. 177-178.

dedos y de la mano de una parte y en posiciones caprichosas del cuerpo de otra».

Una prueba irrefutable en favor de la importancia de este lenguaje de gestos es lo que ocurre entre ciertas razas inferiores. En las tribus salvajes del Brasil, del Africa Occidental, de la Groelandia & &, la palabra coexiste con los gestos, gestos que tienen por objeto dar precisión a los sonidos vocales que emiten. Es indudable que antes que la palabra adquiriera el desarrollo actual, la mímica y el gesto suplían su deficiencia.» En el origen de la palabra —dice BECHTEREW.— (1) esta no ha sido sino un complemento de los gestos; una función secundaria del aparato respiratorio y de la garganta.» «La palabra era tan débil, tan insuficiente, tan pobre que tenía necesidad de apoyarse sobre el lenguaje de los gestos para hacerse inteligible.» (2)

Todas las hipótesis sobre el origen filogenético del lenguaje, anteriormente expuestas, resumen las ideas generalmente admitidas; pero, últimamente la doctrina psicoanalítica, debida al genio de SEGISMUNDO FREUD de Viena, ha venido a lanzar vivísima luz sobre este complejísimo problema.

La doctrina freudiana tiene su punto de partida en la interpretación de los motivos que informan toda nuestra actividad psíquica en estado normal y patológico. El atribuye una importancia considerable al *factor sexual*, que se oculta, casi siempre, bajo formas engañosas. Según FREUD «la actividad sexual es lógicamente la generadora del lenguaje.» Esta idea ha sido sostenida por filólogos de gran valía como HANS SPERBER «que ha hecho el estudio de las relaciones intercerebrales que hacen posible este maravilloso fenómeno.» «Dadas las condiciones de vida y el bajo nivel de la capacidad mental de nuestros rudos hermanos de aquella época pre-histórica—dice HONORIO F. DELGADO (3)—a la cual hay que remontarse en la búsqueda del nacimiento del lenguaje, solo dos situaciones reúnen las circunstancias necesarias para la formación de este producto social; estas dos situaciones son: la de la madre y el hijo que lacta y la de la hembra y el macho en su interacción como tales.» En la primera situación, las relaciones de la madre y el hijo no tienen gran importancia como fuente lingüística, pues el niño solo emite sonidos, gritos reflejos, muy reducidos en número y la madre no tiene nada que enseñarle. Por el contrario, las relaciones sexuales constituyen un manantial riquísimo: en este caso

(1) BECHTEREW, Loc. cit, Pag. 425.

(2) RIBOT, Loc. cit, Pag. 78.

(3) HONORIO F. DELGADO, El Psicoanálisis en sus aplicaciones extrapsiquiátricas. (Trabajo inédito; aparecerá próximamente en la Revista Universitaria).

todas las circunstancias son favorables para el establecimiento de un sistema convencional de signos fonéticos para la intercomunicación.

«Según SPERBER —dice DELGADO— las circunstancias indispensables para la génesis y mantenimiento del lenguaje son: un individuo que bajo la acción de una emoción intensa emite un sonido simple o un grito; otro sujeto capaz de ser afectado por tal sonido que se halle a distancia necesaria para oírle; que intervenga un motivo de placer o al menos de utilidad que junte a los dos individuos en un propósito común. Además, esta situación debe repetirse frecuentemente a fin de que se establezcan asociaciones sólidas. Si los primeros sonidos empleados como símbolos fonéticos han sido una imitación de los ruidos que acompañan a los actos, que expresan, como todo hace conjeturar, es posible aceptar que la palabra articulada sirvió durante mucho tiempo para traducir las necesidades sexuales.» Después por un proceso de generalización estos «signos fonéticos libidinosos» se han aplicado al ejercicio de las industrias primitivas. Más aún, por un proceso de transfert condicionado por la inteligencia necesariamente antropomórfica de los primitivos, se asimila la acción del hombre sobre la naturaleza al mecanismo de la acción masculina sobre la hembra. Las investigaciones filológicas más autorizadas corroboran este aserto: en efecto, la acción de cavar la tierra, de arar, de encender fuego, de navegar son designados por palabras que en su origen pertenecieron al léxico erótico y que gradualmente han sufrido una desnaturalización más o menos grande por acción de la creciente cultura. En todas las lenguas primitivas y en la mayoría de las más complejas hoy en uso, las palabras tienen género y las raíces de muchos verbos una genealogía libidinosa. Ello no se explica sino por la tendencia pansexualizadora del hombre, por la potencia del instinto erótico que, una vez nacidas las vallas de la civilización, sobre todo las prohibitivas del incesto, no puede ejercitarse ampliamente en forma concreta, por lo cual queda una excitación interior sin empleo inmediato, pero que buscando salida y apaciguamiento, trabaja en la imaginación y en el modo de interpretar, y consigue su objeto, —satisface de algún modo el deseo,—sexualizando no solo los animales y las plantas, lo que está de acuerdo con la realidad, sino también las cosas inanimadas.»

Tal es, a grandes rasgos, la teoría psicoanalítica del origen del lenguaje. Ella no se opone absolutamente a las teorías antes expuestas. Como hemos dicho, en otra parte de este estudio, el lenguaje ha tenido por origen la satisfacción de necesidades inherentes a la existencia individual y de la especie. Estas necesidades se

resumen en el gran proceso de la nutrición, del cual la reproducción no es sino una consecuencia.

Cuestión de gran importancia, desde el punto de vista del origen del lenguaje, ha sido la unidad o pluralidad de sus centros de origen. Este problema está estrechamente vinculado al de la genealogía de la especie humana. El descubrimiento de antiguas lenguas asiáticas como el sanscrito y el zend, ha revelado relaciones insospechadas, que han hecho preveer la posibilidad de una lengua ancestral común a todas las lenguas del planeta. Los que sostienen la teoría monoglotista, en su afán de imponer sus convicciones, buscan apoyo en la etnografía y sobre todo en la geografía lingüística, o geología del lenguaje.—como la llama DAUZAT; (1)—creencia que tiene por objeto no el origen de los fonemas sino su distribución geográfica, migraciones y alteraciones sufridas en su morfología y significación.

Según SCLATER—citado por HAECKEL—(2) en la edad terciaria existía un continente llamado Lemuria, situado en el gran espacio que hoy ocupa el océano Indico, al este de la India o hacia el oeste del Africa oriental; este continente fué habitado por una raza de hombres, derivada por selección del hombre sin palabras u homalalus de HAECKEL; raza que a su vez dió origen a doce subrazas que siguiendo diferentes trayectorias o emigraciones se esparcieron por toda la superficie del globo. Este gran continente, del cual solo subsisten hoy un gran número de islas entre el Asia, la Oceanía y el Africa, fué sumergido en el océano Indico por un cataclismo del cual la historia de la humanidad no guarda recuerdo. En apoyo de esta hipótesis, recordaremos el sensacional descubrimiento del *Pithecanthropus erectus* de DUBOIS en la isla de Java. El esqueleto hallado por el profesor DUBOIS tenía los caracteres intermediarios entre los del simio y el hombre. Estas doce subrazas, derivadas de una raza cestral común, han dado lugar a las diversas lenguas, que, luego, en virtud de las leyes de la evolución, han producido la infinita variedad de lenguas que hoy existe.

SCHLEICHER (3) sostiene la hipótesis de que bajo la influencia de la selección natural las diversas formas del lenguaje se han subdividido, en numerosas especies y subespecies, como ha sucedido con las diversas funciones orgánicas. HAECKEL cree que probablemente el lenguaje ha aparecido cuando ya el hombre primitivo, —privado de la palabra,—se había dividido en varias razas. (4)

(1) ALBERT DAUZAT.—La Geographie linguistique ou la geologie du langage, Revue du Mois, Setiembre 10, 1913.

(2) E. HAECKEL, Hist. Nat. de la Creation, Pag. 319.

(3) AUGUST. SLEICHER, De l'importance du langage pour l'histoire naturelle de l'homme, 1868 (cit por HAECKEL.—Histoire Naturelle de la Creation, 1874.

(4) HAECKEL, Loc cit, Pag. 614).

Esta hipótesis explicaría el poliglotismo de las razas mediterráneas.

Todas las investigaciones realizadas por los más eminentes filólogos, para encontrar el lugar de origen del lenguaje y los caracteres estructurales de éste, han resultado infructuosas. Hoy sabemos que existen dos grandes grupos de lenguas irreductibles: las lenguas indo-europeas de una parte y las lenguas semíticas de otra; «sin embargo, no se pueden señalar en la organización de los pueblos que hablan estas lenguas caracteres distintivos bastantes marcados para hacer sospechar una tal disidencia en los procedimientos intelectuales de las dos familias étnicas». (1) Los indo-europeos y los semitas, observa RENAN (2), tienen cierta unidad racial, aunque sus idiomas se diferencian muchísimo; así, por ejemplo: «La raza china se parece por sus caracteres fisiológicos a la raza tártara, mientras que su lengua no tiene con ésta última nada de común».

El eminente biólogo y filósofo francés FELIX LE DANTEC, atribuye las «deformaciones» del hipotético lenguaje primitivo a un fenómeno netamente biológico, ligado a la debatida cuestión de la herencia de los caracteres adquiridos. Además de las causas secundarias de orden histórico, como las invasiones y las vicisitudes de los pueblos, los mismos idiomas se han transmitido sin mezcla se han alterado a la larga, aunque cada generación haya creído, sinceramente, transmitir intacta a la generación siguiente la herencia lingüística que ella había recibido de la generación anterior. Es así, continúa el autor, que pueblos de fisiología diferente modifican de diversa manera una lengua primitivamente única para dar lugar a lenguas diferentes» (3) El estudio de los diversos dialectos germanos da solidez a esta hipótesis. Palabras equivalentes del sajón se encuentra en el danés y las lenguas de la Alemania septentrional; pero, pequeñas inflexiones impresas a los diversos sonidos han ido modificando lentamente su primitiva pronunciación. LE DANTEC atribuye a un fenómeno biológico las modificaciones de estos «gestos sonoros», como los llama GRIM. Prescindiendo de la herencia del lenguaje de que habla HERODOTO, no se puede negar la influencia que la repetición de los elementos fonéticos ejerce lentamente sobre el órgano de la fonación; influencia que se traduce por modificaciones de orden morfológico y fisiológico. Así, pues, cuando las generaciones nuevas creen reproducir el idioma paterno, con su pureza originaria, ellos lo modifican en realidad, ya que se sirven de un aparato de fonación diferente «Estas modificaciones—siguiendo una ley general.—se realizan en el sentido de la mayor facilidad

(1) DECHAMBRE, Dictionnaire des Sc. Medicales, 1876, tomo I, Pag. 328.

(2) E. RENAN, Loc cit, Pag. 210.

(3) FELIX LE DANTEC, Les Influences ancestrales, 1907, Pag. 248 y siguientes.

para la pronunciación; se concibe, pues, que estas modificaciones sean diferentes según los pueblos, que teniendo un mismo origen ancestral, tienen en diferentes medios fisiologías diferentes».

De todas estas consideraciones sobre el centro de origen del lenguaje, se puede concluir diciendo: que la formación de las diversas razas ha precedido a las de las diversas lenguas «Como dice RENAN, el lenguaje se ha formado sobre varios tipos diferentes y el número de lenguas madres puede haber sido bastante considerable; pero no podría concluirse de aquí sobre el origen de la especie humana, porque el lenguaje no representa el primer momento de existencia natural de la humanidad sino el primer momento social; las familias irreductibles del lenguaje no representan razas fisiológicamente diferentes sino agrupamientos primitivos que no han podido reglarse sobre la fisiología». (1) Efectivamente, el lenguaje es considerado hoy no solamente como un producto de la selección natural, como lo quiere SLEICHER, sino como el resultado de la acción conjunta de la naturaleza y de la civilización.

Los progresos incesantes de las diversas civilizaciones, a través de la larga historia humana, han enriquecido enormemente el patrimonio hereditario de las lenguas primitivas. «La obra de la civilización es necesaria.—dice QUINET,—(2) para elevar este producto de la naturaleza a la dignidad del arte; porque es necesario decir que no se resolverá ninguna de las cuestiones más profundas del lenguaje sino se descubre estos dos elementos: la naturaleza que suministra la materia y el acto que la convierte en una obra del espíritu. Todo el desarrollo de la palabra humana está comprendido entre estos dos términos». Por consiguiente, el lenguaje en su completo desarrollo es un producto social estrechamente vinculado a la vida intelectual, artística y científica de un pueblo. Como hace observar GARLANDA, (3) a manera que se desciende en la escala de la cultura humana tanto más grande es el número y la variedad del lenguaje. Entre los salvajes, cada tribu tiene su lenguaje propio, lenguaje que a su vez sufre mutaciones incesantes, es «como una corriente sin orillas; su curso varía constantemente.» La civilización con la ayuda de sus instituciones, como son el gobierno, la religión, la literatura, la educación popular, el comercio, etc. etc, fija y dá precisión a una lengua, imprimiéndole un carácter intensamente nacional. En resúmen, el lenguaje se ha producido merced a dos fuerzas: la naturaleza y la civilización.

(1) E. RENAN, Loc. cit, Pags. 215 y 216.

(2) QUINET, Loc. cit. Pag. 157.

(3) GARLANDA, Loc. cit, Pag. 155.